

HISTORIAS QUE INSPIRAN

Carlos J. Véjar
cronica@diariollanquihue.cl

La vida de Jonathan Alvarado parece un guion escrito a dos manos: una plasma la disciplina táctica del fútbol y el amor por Colo Colo, y la otra, la libertad creativa del teatro. Este ex futbolista formado en las canchas de Deportes Puerto Montt y Huachipato colgó los botines para subirse a las tablas, pero nunca abandonó la cancha del todo.

Hoy, como dramaturgo, director y gestor cultural, fusiona la épica popular del deporte con el poder transformador del arte, ya sea contando los cien años de historia de Colo Colo o llevando exposiciones y obras a los barrios más vulnerables de la capital regional.

—Antes del teatro, ¿qué lugar ocupaba el fútbol en su vida?

—Ocupaba un lugar central. El fútbol me entregó una disciplina que ha sido fundamental para mi trabajo artístico. Es una disciplina casi semimarcial donde no hay excusas. Cuando llegué al mundo del arte, donde a veces sobran, esa formación me permitió plantearme un objetivo y cumplirlo. En el trabajo artístico profesional, como en cualquier otra disciplina, tampoco hay excusas".

—Esa pasión se concentra en un solo equipo. ¿Cómo se hizo usted colocolino?

—Esa es la respuesta de todos los fanáticos de Colo Colo: nunca supe cómo llegué a serlo, simplemente siempre lo fui. No hay un antes; siempre he sido y supongo que siempre lo seré. Entiendo que es una herencia familiar, principalmente de mi tío, Rafael Bustamante, que es como el padre que me crió. En la casa todo era de Colo Colo, desde el poste hasta los banderines".

RAÍCES LOCALES

—¿De qué manera diría usted que su crianza en Puerto Montt moldeó su visión?

—Nací y me crié en el sector alto, soy de la población Antonio Varas Norte. Estudié en la escuela Marcela Paz y terminé la enseñanza media en el Liceo Andrés Bello, en la época de la "Revolución Pinguina" de 2006. Mi primera formación fue en la cancha, desde los siete años, en la escuela de fútbol de Deportes Puerto Montt. Un vecino, que era paramédico del club, me llevó porque decía que tenía condiciones. Me cos-

EL PARTIDO MÁS IMPORTANTE: EL EX FUTBOLISTA QUE USA EL TEATRO COMO MOTOR DE CAMBIO

Para el dramaturgo de Puerto Montt, Jonathan Alvarado, la disciplina de su pasado en el fútbol es la clave para impulsar el cambio social en su comunidad. Tras un exitoso paso por los Temporales Teatrales con una obra sobre el centenario de Colo Colo, reafirma el valor del arte para salvar vidas.

tó más el aspecto social que lo deportivo; mis compañeros venían de familias más acomodadas, yo era del barrio. Pero el fútbol necesita del barrio.

—¿Qué recuerdos atesora de esa etapa como futbolista en formación?

—Recordando que, aunque a mí me gustaba jugar de delantero, el profesor Mario Barria me puso de central por mi actitud para ordenar y hablar en la cancha. Mi ídolo de infancia siempre fue Iván Zamorano. Más tarde, cuando me pusieron de volante de contención, mis referentes eran jugadores como Gennaro Gattuso o Edgar Davids. Esa formación culminó en las divisiones inferiores de Huachipato, que es un tremendo semillero. Allí compartí con jugadores muy buenos que llegaron a primera, como Pedro Morales o Gonzalo Jara.

GIRO ARTÍSTICO

—El paso del fútbol profesional al arte no es común. ¿Cuál fue la chispa que encendió esa nueva vocación?

—Hacia los 20 años, la contradicción entre mi instinto artístico y la convivencia con el mundo del fútbol se hizo insostenible. Siempre me gustó la poesía, la lectura y el teatro. Se me apagó el fuego por el fútbol y lo solté. En esa búsqueda, vi a un colega, Gonzalo Oliarte, un clown callejero, y quedé fascinado con su técnica. Lo contacté de una forma muy novata, le dije: "Yo quiero hacer esto, ¿cómo se hace?", y él me acogió. Esa fue mi primera incursión en el teatro, entender

Jonathan Alexis Alvarado Velásquez

Edad: 36 años (21 de febrero de 1989)

Profesión: Dramaturgo y actor

Estado civil: soltero

Hijos: Matilde, Victoria y Leonardo, con Carolina Martín.

Hobby: jugar fútbol y conversar con su madrina.

Música predilecta: La de mis amigos y las rancheras.

Comida favorita: Curanto, pero itinerante y permanente.

que es una técnica milenaria. Me enamoré de la disciplina y comencé mi formación desde el teatro callejero.

—¿Cómo continuó esa formación después de ese primer impulso?

—Después de formarme con Gonzalo y probar en la calle, el propio camino me fue pidiendo más. Empecé a tomar estudios formales en varias escuelas y, hace poco, terminé un diplomado en dramaturgia en la Universidad de Chile. Cuando amas lo que haces y se convierte en tu trabajo, necesitas formarte constantemente.

—¿Cómo se enfrenta el desafío de condensar cien años de fervor popular en una obra de teatro, que incluso fue parte de los Temporales Teatrales?

—La idea nació de una conversación con un amigo, Rodrigo Mancilla, que dirige la filial "Chamaco Valdés" de Colo Colo acá en Puerto Montt. Él me propuso hacer algo para los 100 años del club. Yo le planteé crear una obra de títeres para contar la historia a la infancia. El concepto que me encantó y me motivó fue la "arellaniza-

ción", esa idea de contar la épica de David Arellano, su visión para fundar el club y profesionalizar el fútbol chileno.

El desafío era contar la historia del club, pero también crear una ficción artística y estética que reflejara una parte de la realidad chilena, porque Colo Colo es una de las instituciones más longevas y con más adherentes del país.

ARTE SOCIAL

—Usted también lleva el teatro a las aulas. ¿De dónde nace la iniciativa de trabajar la convivencia escolar a través del arte?

—Nace de un nicho que se me abrió en la educación. Comencé a colaborar con la consultora Eureka para montar una obra sobre el manejo de las emociones para niños. A partir de ahí, me especialicé en el diseño de "experiencias educativas". El colegio Domingo Santa María se interesó mucho en la propuesta y ha seguido invirtiendo en ella.

Yo me encargo de diseñar, escribir y dirigir estas experiencias que buscan trabajar temas que a los colegios les cuesta abordar, como la violencia



escolar o la resolución de conflictos. Con el arte, a los jóvenes les entra mucho mejor la información, lo pasan bien y los resultados son medibles y muy positivos.

—Entiendo que en su barrio, la Antonio Varas Norte, también tiene una experiencia similar.

—Al ver que en mi población amigos y vecinos se estaban suicidando por la droga y la desesperanza, sentí que algo había que hacer. Así nació el proyecto "La fábrica de los buenos recuerdos", con la idea de retomar las actividades culturales que se hacían en los noventa. La primera actividad fue montar una exposición de pintura del artista Marcelo Paredes en la misma plaza donde se vendía y consumía pasta base. El diagnóstico fue claro: la gente necesita arte y cultura, pero no hay oferta en los barrios.

—Frente a discursos que buscan recortar fondos a la cultura para

priorizar otras áreas como la seguridad, ¿cuál cree usted que es el aporte insustituible del arte?

—El arte sirve, justamente, para que todo lo demás funcione. La posibilidad que te entrega de observar la belleza es también la de entender lo que nos hace humanos. Negarle esa experiencia al pueblo es una forma de clasismo. En el fondo, creo que la razón de esos discursos es que el arte es muy peligroso. Es peligrosa la reflexión crítica, es peligrosa la sola detención para observar una experiencia estética, porque el sistema necesita que la gente se mueva y vaya a trabajar sin pensar. El arte incomoda a esa seriedad del poder.



El arte sirve, justamente, para que todo lo demás funcione.

La posibilidad que te entrega de observar la belleza es también la de entender lo que nos hace humanos. Negarle esa experiencia al pueblo es una forma de clasismo"